

ARMANDO.—(Con suavidad, aproximándose). ¡Isabel, escúchame... no te pongas así... escúchame! (En ese momento, mientras Isabel levanta la cabeza ya serenada, suenan golpes en la puerta y la voz de Susana: "¡Armando, soy yo, Armando!". Situación. Los golpes y la voz, un minuto después, vuelve a repetirse).

ISABEL.—(Con decisión en voz baja). ¡Abre!

ARMANDO.—No, no; no puede ser.

ISABEL.—¡Abre!

ARMANDO.—Isabel... ¿cómo es posible?

ISABEL.—(Exigiendo). ¡Pronto!

ARMANDO.—(Camina hacia lateral derecha. Isabel corre a esconderse detrás de una cortina. Abre la puerta Armando y aparece Susana. Viene deliciosamente envuelta en un salto de cama. Durante los primeros minutos, Armando, de pie, sonriente, mirando todo y hablando en tanto).

SUSANA.—¡Por qué no abrías?... ¡Ya estoy aquí!... Y el miedo que te tenido andando esos corredores oscuros... este biombo... esta luz... eres delicioso, Armando... un hombre de mundo... yo siempre he soñado con un hombre como tú... ¡es mi ideal! (Se sienta con desenfado en el diván). Pero, ¿qué te pasa? ¡Estás mudo!... ¡Ni siquieras has corrido a saludarme... bueno... pero... habla, por lo menos!

ARMANDO.—Susana... yo quería decirte...

SUSANA.—(Riéndose). ¡Qué gracioso! Nunca te he visto tan grave... (Remedándose de pie): "Susana yo quería decirte" (Se sienta, riendo). Hijo, la verdad, que para una primera entrevista... no eres muy divertido... (Ríe).

ARMANDO.—No te rías, Susana... Yo te explicaré... (Mira nervioso hacia el biombo).

SUSANA.—(Sin comprender). ¿Qué hay? Tienes miedo...

ARMANDO.—Sí... eso...

SUSANA.—Miedo de Isabel. Nada temas. Duerme... allá arriba...

ARMANDO.—¡Susana!...

SUSANA.—Pero... ¿qué tienes? No te comprendo... vamos... siéntate...

ARMANDO.—(Se sienta a su lado). Estoy nervioso...

SUSANA.—(Riendo unos instantes en un acceso). Pero... hijo... si lo encuentro muy natural. Habérmele dicho... (Le toma las manos). Tendrá que hacerte la corte. ¡Vaya... qué divertido!... Dime una cosa: ¿entonces es cierto que muchos don Juanes son pura parada: que cuando están solo con una mujer se asustan... (Ríe). ¡Qué gracioso!... Si estás como Luis... ¡Qué gracioso! Escúchame: Voy a decirte algo a ver si te animas: En el colegio jugábamos a los novios: yo hacía siempre el muchacho, y las muchachas, cuando yo las besaba, se ponían coloradas... (De pie, movimiento como para besarla). Voy a besarte a ti también, a ver si te pones colorado... (Armando la detiene con suavidad. Nerviosa). ¡Qué te pasa? No te conozco. ¡O es que estamos solos? Entonces... ¡Armando!

ARMANDO.—Siéntate, Susana. Yo quería hablarte.

SUSANA.—(Sentándose). Pues para querer hablarle no me has dicho una palabra...

ARMANDO.—Escucha bien lo que voy a decirte.

SUSANA.—(Riéndose). Pero... ¿qué vas a decirme? Te has puesto pálido. (Le toma las manos). Tienes las manos heladas... tú estás enfermo.

ARMANDO.—(Muy serio). No. No estoy enfermo. Pero es necesario que reflexionemos...